

JEAN LARTÉGUY

LOS MERCENARIOS



«Los mercenarios» –combatientes del Batallón francés de Corea– es la novela del orgullo nacional burlado, de las energías que no hallan dónde emplearse, de los sacrificios sin fe y sin causa. Un general americano ambicioso y una montaña sin el menor valor estratégico, pero que ejerce su fascinación sobre ambos campos, dominan el drama.

«Los mercenarios» son, en su mayor parte, aventureros en estado puro, inolvidables figuras de hombre, los hijos irrecusables de un siglo de violencia.

«Los mercenarios» –segunda parte de la trilogía que empieza con «Los centuriones» y acaba con «Los pretorianos», y que puede leerse con completa independencia– quedará como un testimonio honrado y viril sobre el combatiente contemporáneo.

PRINCIPALES PERSONAJES

Martin-Janet Capitán médico del batallón francés en Corea.

Iván Dimitriev Teniente francés de origen ruso.

Villacelse Comandante del batallón francés en Corea.

Fracasse (Dourail, llamado). Otro comandante del batallón.

Pedro Lirelou Capitán francés, excombatiente de la guerra de España, de la Resistencia y de Indochina.

Robert Faugat Comunista, excombatiente de las brigadas internacionales y de la Resistencia.

Gerald Crandall General de brigada norteamericano.

Vicente Rebuffal Teniente de reserva francés, excombatiente de la Resistencia francesa.

Harry Mallows Periodista norteamericano.

Maurel (Jaime de Morfault, llamado). Soldado voluntario, antiguo miembro de las Waffen S. S. alemanas.

Pablo Andreani Sargento corso, procedente del hampa marsellesa.

Bertagna Soldado voluntario.

Ninguno de los mercenarios por mí conocidos responde ya a la definición que de ellos da el Larousse: «Soldado que sirve por dinero a un gobierno extranjero^[1]».

Los mercenarios que he tratado, y con quienes a veces he compartido la vida, combaten de los veinte a los treinta años para rehacer el mundo. Hasta los cuarenta se baten por sus sueños y por esa idea que de sí mismos se han inventado.

Después, si no se han dejado la piel en la lucha, se resignan a vivir como todo el mundo –a vivir mal, porque no cobran ningún retiro– y mueren en su lecho de una congestión o de una cirrosis hepática. El dinero nunca les interesa, la gloria rara vez, y se preocupan muy poco de la opinión que merecen a sus contemporáneos. En esto es en lo que se distinguen de los demás hombres.

J. L.

En esta novela todos los personajes son imaginarios, y lo mismo los hechos y las localidades en que éstos se desarrollan. Si, por casualidad, un nombre, una descripción o un combate evocaran a algún excombatiente recuerdos, ruego no vea en ello más que una coincidencia.

Por lo demás, ¿quién se acuerda ya de la guerra de Corea?

CAPÍTULO PRIMERO

UN MÉDICO SE CONTEMPLA EN EL ESPEJO

En el fondo de un valle, entre un torrente fangoso y un camino estropeado por los convoyes de Artillería, se alzaba una gran tienda de campaña verde. Bruscas ráfagas de viento desabrido mezcladas con nieve fundida se deslizaban por su techo y sus paredes. En su interior, una estufa de petróleo difundía un olor de garaje, pero poco calor.

Sentados ante una mesa formada por unas tablas colocadas sobre caballetes, unos quince oficiales engullían raciones de campaña mal recalentadas: una mezcla de carne picada viscosa y de habichuelas azucaradas. Se iniciaba alguna conversación que decaía en seguida.

El capitán médico Martin-Janet se había incorporado aquella misma mañana al batallón francés en Corea.

Él acechaba en aquellos rostros desconocidos un reflejo de ironía, de ternura o de interés, pero todos aparecían extraordinariamente parecidos, a la par inmóviles y muy pálidos, casi traslúcidos, como las caras de los ahogados cuando acaban de ser extraídos del agua. La campaña de invierno, con temperaturas de 40° bajo cero, con equipos insuficientes, los había agotado.

Martin-Janet se había imaginado una acogida distinta, fraternal y calurosa; comenzaba a creer que aquellos hombres no eran los que él viniera a buscar.

Mientras masticaba su carne, inclinado sobre su plato, recordaba la mañana en que se detuvo ante el escaparate

de un almacén de la calle Rívoli. Su imagen se le apareció entonces en una luna.

Desde hacía dos meses, Martin-Janet había renunciado a su clientela, no tenía ya que subir y bajar escaleras entre gritos de chiquillos y cuchicheos de los otros inquilinos. Como se había hecho rico le quedaba tiempo de sobra para contemplarse en las lunas.

La imagen que le había devuelto el espejo era la de un hombre cuyo cuerpo había engordado y que tenía arrugas en forma de pata de gallo en las esquinas de los ojos. Sus cabellos clareaban, el brillo de su mirada se había empañado. Él conservaba de sí mismo una imagen inmutable como una fotografía. Era la de un muchacho de veinte años que, después de las clases de la Facultad de Medicina, iba a reunirse con alguna jovencita en el jardín de Luxemburgo. Había olvidado sus rostros, pero conservaba el recuerdo de las finas siluetas, de su balanceo al andar cuando hacían rechinar la gravilla de las avenidas con sus zapatos bajos de suela de crepé.

De aquel muchacho sólo le separaba un instante, pero durante aquel instante había aprendido a bautizar con el nombre de sensatez toda resignación. Se había dedicado a transformar sus recuerdos porque se negaba a reconocer que había sido rechazado de la vida, de la sola vida que existe, la de la juventud.

Martin-Janet remontó la calle Rívoli mirándose en todos los espejos, y todos le devolvieron la misma imagen, la de un infeliz corto de piernas, regordete, aficionado a la buena cocina y a las profesionales expertas.

Al llegar al Barrio Latino se cruzó con una joven, cuya falda se desplegaba como una caracola, y con un grupo de estudiantes, quienes, serios como jóvenes reyes, reconstruían el mundo; cada vez Martin-Janet sintió como si una mano le retorciera el corazón.

Aquello se había terminado, ya no podría seguir galopando solo, ebrio de alegrías y de sus agradables sufrimientos.

mientos, en un mundo acogedor, lleno de sonrisas, de ternura y de complicidad; ahora necesitaría a los demás, necesitaría su amistad, o sencillamente su presencia y su resignación, como un vejete cascarrabias que se empeña en contar sus achaques a otros enfermos.

Martin-Janet había tenido, sin embargo, el valor de huir, de arrancarse a ese atasco, a todas las ataduras ingravidas, pero tan tenaces que lo trababan, a las costumbres que tan insidiosamente habían remplazado sus grandes razones de vivir.

Se enteró, por casualidad, que buscaban un médico para el batallón de Corea; inmediatamente se presentó como voluntario.

Ahora los tenía ante él, a aquellos soldados de Corea, vestidos con idénticos uniformes de combate, de tela verde, e idénticas pesadas botas de caucho.

Una ráfaga muy fuerte de viento sacudió la tienda y amenazó arrancar sus estacas y sus cuerdas. En el exterior, un soldado interpeló a uno de sus compañeros.

—¡Eh, Virieu! El cartero tiene para ti un paquete. No sé lo que habrá dentro, pero está completamente podrido.

Kim, el *boy* coreano, distribuyó las tazas de café; la comida tocaba a su fin. Martin-Janet tenía que romper aquel silencio, aquel aislamiento, tenía que explicarles el por qué de haber llegado hasta ellos.

Se alzó a medias de su banco, apoyando ambas manos en la mesa:

—Señores...

Los rostros se volvieron hacía él, ligeramente curiosos.

—Señores, desearía explicarles el motivo que me ha traído a Corea, a unirme con ustedes en el sufrimiento, la incomodidad y el libre compañerismo...

El comandante Dourail, a quien apodaban *Fracasse*, tabaleaba suavemente la mesa con su índice, y todos los demás vigilaban sus reacciones para adaptarse a ellas. Martin-Janet sintió que sus palabras sonaban en falso, que se

había entregado a una payasada molesta, pero que no le quedaba más remedio que continuar...

—... Sentía que la resignación me acechaba con sus veladas apacibles y su sequedad de corazón. Pretendí huir de ella para venir a mendigar un poco de vuestra juventud y de...

Se sentó.

Los rostros ahora ya no se mostraban curiosos, sino embarazados o desaprobadores, como si Martin-Janet hubiera dicho, no alguna obscenidad, cosa que hubiera podido parecer normal, sino cometido una grave falta contra la disciplina y el honor.

Se pusieron en pie todos a la vez, hablando de cuestiones de servicio, tratando así de explicarle que estaban absolutamente decididos a ignorar el incidente.

Diez metros más lejos, apenas franqueada la puerta de la tienda, todos chismorreaban sobre lo ocurrido como si fueran viejas.

El único que permaneció sentado fue el capitán Sabatier.

—Matasanos —dijo Sabatier—, tu breve declaración me ha gustado mucho, pero hubieras hecho mejor callándote. Ninguno de cuantos estaban sentados a esta mesa podía comprenderte, y vas a pasar por un pobre infeliz. En cuanto llegan al batallón, clasificamos inmediatamente a los nuevos como tú en una de estas tres categorías: los militares de carrera, los desgraciados y los cornudos. Los militares de carrera, cuyo objeto es ascender lo antes posible, vienen a recolectar medallas y galones. Éstos suelen ser voraces, con frecuencia desabridos, se las dan de especialistas y desprecian a todos los demás...

Rió con ironía.

—¡Yo soy uno de éstos! Los desgraciados abandonaron el Ejército una vez terminada la guerra para dedicarse al negocio de ultramarinos, a la política o a los trabajos públicos, y una vez perdido su dinero, han venido a rehacer-

se a Corea. No obstante, ya no jugarán más. Su sueño consiste en pasar a «activo», ascender a primera categoría.

»Quedan, en fin, los cornudos, que opinan que la mejor manera de castigar a la mujer que los engañó consiste en hacerse matar a veinticinco mil kilómetros de ella, dejándole una pensión de viuda de guerra.

»Me ha parecido comprender que tú eras reservista; por consiguiente, sólo puedes escoger entre los desgraciados o los cornudos... Los asuntos de Francia, ¿te fueron mal?

Martin-Janet respondió, tartajando un poco, tan agradecido le estaba:

–Yo ejercía de médico de barrio, en París, en la plaza Daumesnil; tenía muchos clientes y todos pagaban. No les costaba nada: pertenecían al Seguro Social. Uno de mis tíos muere y me deja un laboratorio de productos farmacéuticos. De la noche a la mañana heme rico y sin nada que hacer. Comencé a aburrirme.

–Descartemos lo de desgraciado. Así que, ¿cornudo?

–Ni tan siquiera eso. Es cierto que viví algún tiempo con una muchacha; pero ella esperó, para dejarme, a que no fuera ya capaz de soportarla.

–Lo siento, pero no puedes elegir: habrá que clasificarte como cornudo, así todos se tranquilizarán. Podrán colgarte una etiqueta cuyo color ya conocen. No tardarán en olvidar tu discurso; pasarás por un intelectual un poco raro. Otro consejo, matasanos: no te mezcles en las discusiones que enfrentan a los dos comandante y a sus clanes por el control del batallón. Deja entrever que dispones en París de sólidas ayudas políticas. Aquí el último subteniente pretende disponer cuando menos del apoyo de un ministro.

–¿Cómo agradecerle... o agradecerle...?

Había observado que los otros capitanes hablaban a Sabatier de «usted».

–Me ha gustado *tu* pequeño discurso...

Sabatier hizo hincapié intencionadamente en el *tú* para darle a entender que en adelante se tutearían.

—Acepta ser cornudo, cita de vez en cuando a Pascal, Spinoza o Napoleón, e intercala proverbios árabes o chinos de tu invención, y versos latinos. Por este lado no arriesgas nada; el capellán es un calabacín que a duras penas sabe decir misa, y los demás olvidaron ya hace tiempo los estudios que pudieron hacer.

Sabatier se puso en pie, y arrastrando los pies, se dirigió hacia la tienda de su compañía, situada al otro lado del torrente, detrás de un bosque de pinos.

El incidente que señaló la llegada de Martin-Janet fue olvidado. Fue catalogado como muy buen médico por quienes no entendían nada de medicina, como mal militar porque no poseía el aspecto físico del oficio y como prototipo del perfecto cornudo.

—Con esa facha —ironizaba *Fracasse*—, ¿cómo queréis que su mujer no le dejara plantado a pesar de todo su dinero?

El médico no hizo ningún esfuerzo para que modificaran aquella primera impresión, sino que, por el contrario, se aprovechó de las ventajas que le aportaban las cualidades y los defectos que le prestaban de manera tan gratuita. Como mal militar, se permitió con respecto al reglamento todas las libertades que le convenían; como cornudo perfecto, recibió las confidencias de todos aquellos que lo eran o que temían serlo; como buen médico, evitó el cuidar a los enfermos. Siempre que le era posible, los enviaba a la enfermería regimental americana. De este modo los voluntarios podían gozar de un pequeño viaje, que rompía la monotonía de su vida cotidiana, y dedicarse a traficar con los G. I.^[2]

Goloso de secretos como un oso lo es de miel, Martin-Janet, candoroso y amistoso, se dedicó a chapotear con

una falsa torpeza entre las intrigas que hervían en el batallón y le impedían aburrirse.

El batallón se encontraba entonces en período de descanso después de los duros combates de invierno. La nieve subsistía aún en algunos puntos de las colinas de los alrededores y, bajo las tiendas mal calentadas, los soldados tiritaban. A veces intentaban jugar a los naipes, pero la carencia de tabaco negro y de vino tinto restaba a la partida una parte de su atractivo.

Los oficiales se repartían en dos clanes, el del comandante Villacelse y el del comandante *Fracasse*.

Villacelse mandó al principio el cuerpo de observadores franceses en Corea, especialistas que debían estudiar los métodos de la guerra americanos y hacerse destinar en los diferentes estados mayores de las divisiones. Sin embargo, el alto mando juzgó su presencia indeseable, y los observadores se reintegraron al batallón francés. Éste estaba incorporado a un regimiento americano.

Resultaba tentador para brillantes estrategias reducidos a la inacción, como Villacelse y sus oficiales, poner sus manos en aquel magnífico juguete de mil doscientos hombres. Pero «aquel ridículo monigote de *Fracasse*», que lo mandaba, se defendía con pies y puños.

Los soldados estaban al corriente de las querellas internas de sus jefes. Se divertían con ellas, procuraban sacarles ventajas y, en ocasiones, tomaban partido y lanzaban latas viejas de conserva contra los oficiales de un clan que hubiera dejado de gustarles.

Martin-Janet se instaló en terreno neutral, lo que le permitía recoger en los dos clanes las más biliosas insinuaciones y las noticias más demenciales. Al principio, este juego le divirtió hasta cierto punto; pero pronto se cansó de él.

El batallón había subido a primera línea, y Sabatier se encontraba perdido con su compañía en un picacho don-

de era provisionado por paracaidistas. A veces Martin-Janet oía en la radio del P. C.^[3] su voz breve e insolente:

–Los chinos se han cargado a cinco de mis acróbatas. Envíenme coolíes para que se los lleven. Empiezan a oler mal...

A falta de cosa mejor, el médico se dedicó entonces a estudiar el G. I, un ser que, al decir de ciertos oficiales del batallón, no actuaba más que por reflejos gregarios.

Uno de los personajes favoritos de los *cartoons* que publicaban los semanarios americanos era, por entonces, el tipo del paisano que un azar incomprensible ha revestido con un uniforme y que se encuentra en Japón o en Corea, andando a la greña con el complicado mecanismo del Ejército. Caían sobre él toda clase de calamidades, lo que no cambiaba en nada su conducta de paisano integral y de militar pésimo. Con su enorme nariz, su barriguita y su aspecto de vestir un disfraz, Martin-Janet resultaba la encarnación perfecta de este personaje. Por ello, desde el simple G. I. hasta el coronel, todos se sentían alegres en cuanto le divisaban, y le guardaban botes de cerveza y cigarros, a los que sabía era muy aficionado.

Apoyándose en su bastón, Martin-Janet curioseaba por todo el sector. Se detenía ante un G. I. que plantaba una estaca, y éste le explicaba que iba a unir esta estaca con otra situada por medio de un alambre de espino al que colgaría botes de conserva vacíos. Si alguna patrulla china intentaba pasar por allí, los botes resonarían y los centinelas oírían el ruido, Martin-Janet hacía un gesto de aprobación y el soldado no tardaba mucho en confiarle lo que no se atrevía a decir a sus mejores amigos: que esta guerra le indignaba, que aquellos hijos de perra amarillos no merecían toda la sangre americana que había sido derramada por ellos en aquellas malditas colinas.

En tres meses el médico francés se hizo popular en toda la división. Hablando ya bastante bien el inglés, se divertía utilizando el acento indolente, ligeramente gutural,

de Carolina del Sur, y nadie aceptaba creer que fuera un parisiense del distrito XII.

Había aprendido a amar a los americanos como se ama a los niños, aceptando su suficiencia, su candor, su afición por las cosas dulces y los dibujos animados, su actitud negativa ante la fatiga, el sufrimiento y, sobre todo, ante la muerte.

Pero también había descubierto que amaban a su país, le eran fieles en toda circunstancia y que esta forma de lealtad cívica les daba con frecuencia un valor del que hubieran carecido para defenderse a sí mismos.

Martin-Janet, a pesar de todas las breves amistades que podía anudar durante estos encuentros, sufría aún de aquella misma soledad contra la cual había venido a buscar un remedio en Corea. Sentía amistad por Sabatier, a quien agradecía su intervención el día de su llegada; pero le sentía demasiado marcado por una educación militar, cosa que le mantenía al margen de todo un mundo de matices, de simpatías sutiles y de intuiciones.

Las conversaciones de paz habían comenzado en Pan-Mun-Jon; las operaciones, bruscamente paralizadas, se limitaban a algunas actividades de patrullas.

El batallón francés ocupaba una posición en segunda línea en aquel amasijo de crestas, de valles estrechos, de gargantas, de desfiladeros, de lagos y de torrentes, que algún tiempo después se denominaría «triángulo de hierro», cuando el mando americano se dio cuenta de que resultaba imposible apoderarse de él.

La última semana de mayo fue muy calurosa. Los soldados tomaban baños de sol en las colinas, bebían cerveza, zumo de frutas y «Pepsi-Cola», y escribían largas cartas a sus madrinas de guerra, donde les describían combates feroces. Cuando ellas abrían los diarios leían que el frente de Corea estaba en calma y nunca se lo creían.

Las noches eran tranquilas. A veces un ciervo hacía estallar una mina frente a las alambradas de una posición, y entonces toda clase de cohetes, verdes, blancos y encarnados, subían hacia el cielo. La artillería americana enviaba inmediatamente unos cuantos miles de obuses sobre una colina, tierra de nadie, y el resplandor sangriento de los bosques incendiados se destacaba en la noche profunda.

En la zaga del batallón, a diez kilómetros de las líneas, la vida proseguía muy aburrida. El polvo había remplazado al barro; se habían guardado las estufas de petróleo, y la tienda del comandante *Fracasse* se alzaba al aire libre, sobre una loma pelada.

Martin-Janet se dirigía allí todas las mañanas, hacia las ocho, a tomar el desayuno, con la seguridad de encontrar a todo el estado mayor del batallón, y también a los recién llegados. Esperaba encontrar entre ellos, un día, al amigo —o quizás al enemigo—: en todo caso al hombre que hablaría su mismo lenguaje, el de los escépticos y los comprensivos.

Cuando llegó en aquella mañana gris parecida a las demás, el comandante *Fracasse*, erizado como un gallo flaco, el capellán y los dos capitanes ayudantes cuchicheaban en voz baja mientras mojaban sus bizcochos de ración en el café con leche sintético. A su alrededor no había nadie que pudiera escucharles, pero el cuchicheo formaba parte de los ritos de la reunión.

Ofrecieron un sitio al médico, y el capellán le tomó inmediatamente como testigo con su voz nasal y exasperante.

—¿No opina usted, doctor, que «ellos» exageran al considerar el batallón como una especie de reformatorio o de estación depuradora de aguas residuales?

Martin-Janet comprendió que «ellos» designaba de una manera muy vaga al Gobierno y al resto de Francia. No le resultaba muy simpática la intransigencia del servi-